

Sara Bertrand

EJERCICIO DE
SUPERVIVENCIA

loqueleg

El camión

Hay que tener coraje para perder.

11

—Tan dramática que eres —dijeron, y en la mesa se escuchó la risa de los comensales. No aflojé:

—Cuesta perder, saborear la derrota.

Las risas fueron decayendo. Seguí:

—El sabor de la derrota es un gusto metálico y un sentido que lo tiñe todo. Ni siquiera te detienes a mirar lo que pasa alrededor tuyo, todo es tan lejano... y no es que no te importe, sino que vives en un tiempo sin tiempo, como si permanecieras en la pieza de un hospital con aire climatizado y luz artificial. Un *outsider*. Cuando finalmente cedes ante el desastre, cuando —para ponerlo en palabras dramáticas, como dicen— caes de rodillas y miras hacia ninguna parte para implorar «por qué a mí», dejas de pelear. Aun cuando lo que te espera sea peor que lo que estás viviendo. Pareciera que te rendiste y atraviezas lo más duro, pero —no lo sabes en ese momento— comienzas a rehabilitarte. Como si la belleza y la fealdad fueran una misma cosa. Como si ganar y perder formaran parte del mismo proceso.

En la mesa pesaba el silencio.

Decidí entonces que era el momento de contarles lo que había pasado.

* * *

12 El año en que salí del colegio, como ustedes saben, no entré a la universidad. Eso por supuesto que no estaba entre mis planes. No pude dar la PSU porque dos semanas antes me invitaron a un asado fuera de Santiago. Pero no llegué. Choqué. Literalmente, casi me mato.

Un camión perdió el control en una curva y se fue directo hacia mí. Recuerdo algunas cosas: sé que quise cambiar la música del iPod, sé que me miré en el espejo y supe que Álvaro iba a volver conmigo; que anhelaba entrar a la universidad, que intuía una libertad próxima. La sensación de que, en adelante, sería plenamente yo.

Después, el camión viniéndose encima a una velocidad aterradora. No pensé que me iba a morir ni vi pasar mi vida en tres segundos. Nada. Intenté esquivarlo dando vueltas al volante en ciento ochenta grados. El camión me pasó por arriba.

Lo demás lo recuerdo como en un sueño: voces, el tufo a neumático quemado, el miedo a que el auto estallara, creo que incluso grité que el auto iba a explotar. La sirena de los bomberos. Una sierra. Más voces. El crujiir de los fierros. La hoja metálica recortada en el horizonte y una luz encandilante. El olor a bencina como un río de sangre en mis narices, o tal vez efectivamente corría sangre por mis narices. Luces como rayos cayendo aquí

y luego allá. «¡Mi cuello!», grité, «cuidado». Otra sirena más penetrante. La imagen de una cara frente a mis pupilas. Una boca gruesa moviéndose muda. Otra luz que me dejó ciega. Esa boca hablándome directo a los ojos. Preocupación. Preguntas. Intenté contestar y sé que mi voz sonó, recuerdo que la escuché, algo ininteligible dicho en gruñidos.

Luego, un corredor larguísimo y el sonido de unas ruedas pequeñas sobre baldosas discontinuas. La camilla atascada y el grito desaforado de los hombres que la conducían. «Ayuda», balbuceé. Llegaron otros. Muchas voces. Puertas que se abrieron como imantadas. El sonido de miles de utensilios sobre una mesa de metal... Quise estirar una mano, palpar algo, alguien, y entonces percibí un cosquilleo en el brazo, helado al principio, reconfortante después.

—¿Qué tienen? ¿Qué hacen? —pregunté, pero me costaba mover la lengua.

No sentí dolor, de hecho, no me dolía absolutamente nada.

Recuerdo una mascarilla que intenté zafar y un olor a desinfectante que me mareó.

—¿Por qué? —murmuré, pero una luz blanca como el sol recién amanecido me golpeó en la cara. Por fin daba con una puerta hacia la calle y dije:

—¡Vamos! —pero no había nadie conmigo.

Corrí hacia la luz. Luego, todo se oscureció.

Desperté varios días después en la Unidad de Tratamientos Intensivos. La primera cara que reconocí fue la de mi papá mirándome con ojos llorosos. A su lado, mi mamá. Me apretó la mano y dijo:

—¡Gracias a Dios! —y también se puso a llorar.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Chocaste —contestó mi mamá.

14 Mi papá no hacía más que mover su cabeza derecha-izquierda, derecha-izquierda, con un puchero en la boca.

—¿Estoy bien? —quise saber.

—Vas a estar, vas a estar... —repitió mi mamá.

Los miré con desconsuelo. Ninguno de los dos parecía seguro de que fuera cierto. Mi mamá me dio muchos besos en la mano; entonces, descubrí que esa mano no era realmente mi mano sino un globo inflado y que sus labios eran una cosquilla lejana, apenas perceptible. Quise mover el cuello para observar de cerca la hinchazón, pero estaba inmovilizada por los vendajes. Algo andaba mal.

—¿Qué tengo?

El silencio se prolongó más de lo necesario.

—¿Me voy a recuperar?

—Vas a estar bien —insistió mi mamá, y desconfió.

Temí lo peor.

—Tuviste un accidente... —empezó a decir mi papá, y me fijé en que su puchero se transformaba en un movimiento rápido de olas—, un camión...

—Me acuerdo —lo interrumpí—, quiero saber qué pasó conmigo —sentí la garganta apretada y una sensación de mareo y frío.

«Angustia». Así describió los síntomas la psicóloga con quien conversé unos días más tarde: lo que tenía atascado en la garganta era angustia. Pero entonces, mientras mi mamá me sujetaba la mano y mi papá hacía pucheros, pensé que me ahogaba y grité:

—¡Me ahogo!

No sé de dónde apareció una escuadrilla de enfermeras que me tomaron el pulso, colocaron un termómetro en mi boca y me revisaron las pupilas. Cuando pretendieron que mis padres salieran de la habitación, les pedí que no.

—Más tarde —dijeron ellas.

Mi padre se enderezó y roncó:

—¡Déjenla en paz!

A regañadientes, las mujeres salieron de la pieza y él volvió a sus pucheros. Mi mamá fue breve:

—Te rompiste las dos piernas, te quebraste cinco costillas, una de ellas te perforó un pulmón...

—¿Voy a poder caminar? —la frené.

—Por supuesto —se apuró en decir y suspiró.

Poco a poco, el mundo comenzó a enrarecerse. No pregunté nada más. El nudo en la garganta se tradujo en lágrimas que me salieron a pesar de tener los ojos cerrados. Mi mamá dijo:

—Trata de descansar, Laura, necesitas recuperarte.

Y recordé a mi abuela: «La *politesse*, niños, la *politesse*¹». Le gustaba hablar en francés a mi abuela y era enemiga de

¹ La educación niños, la educación.

las lágrimas. A mí me costaba llorar enfrente de mis padres. Escondí la cara. Seguí llorando con los ojos cerrados. Quería que me dejaran sola, pero no dije nada. Supongo que me atajó la *politesse*.

* * *

16 La pregunta acerca del qué iba a ser de mi vida ni siquiera me la planteé. Pensé: qué son un par de huesos quebrados, y me convencí de que sería cosa de unos días, máximo una semana y continuaría mi vida. No imaginé que el accidente implicaría un cambio radical. Aunque si en ese momento hubiese sabido lo que se me vendría encima después del accidente, sinceramente, habría preferido quedarme en la 542 de la clínica y no dar la cara.

Cuesta vivir bajo la sombra de los anhelos, un camino imposible para mí entonces. Quizás si me hubiese resignado a no esperar. Pero. Esperaba, yo siempre esperaba.

El accidente me impidió estudiar Letras en la universidad. Quedé fuera. Aunque nada de eso lo sabía el día que desperté en la clínica. Ese día lloré por mis huesos rotos, por haberme perdido el asado en la casa de la Cata, porque mis amigas partirían de vacaciones. Lloré porque Álvaro me vería con la cara color violeta. Porque no me pondría bikini, pese a que llevaba meses a dieta. Lloré por cosas tontas y transitorias. Lloré por lo fugaz.



5320-9